

L'Africain de Jean-Marie Gustave Le Clézio: El ailleurs como exploración del “cuerpo extranjero”

Maya González Roux¹

En el discurso de recepción del Premio Nobel (2008), J.-M. G. Le Clézio se preguntaba por qué uno escribe. En su caso, de su primer viaje por África trajo no tanto la materia de sus futuras novelas, sostenía, sino una suerte de *segunda personalidad*, soñadora y a la vez fascinada por lo real, que lo acompañó a lo largo de toda su vida y que fue la dimensión contradictoria, *la extrañeza de sí mismo* que algunas veces sintió hasta el sufrimiento. Es posible entonces pensar que su escritura está incondicionalmente ritmada por el *ailleurs* como en *Voyage à Rodriguez* (1986), *Désert* (1980), *Le chercheur d'or* (1985), *Gens des nuages* (1997), entre otros títulos.

En el caso de *L'Africain* (2004), el *ailleurs* se vincula también con los propios orígenes. *L'Africain* es un libro de recuerdos del primer viaje de Le Clézio para conocer a su padre, Raoul Le Clézio, médico británico en servicio durante veintidós años en África, primero en Camerún y más tarde en Nigeria. Con solo ocho años, Jean-Marie Gustave viaja con su hermano y su madre durante dos meses en barco para finalmente encontrar a su padre. El libro es el relato de este viaje, del encuentro con su padre y del descubrimiento de este continente, del año en Nigeria donde vivió la parte más memorable de su infancia (Le Clézio, 2004, p. 99). Son recuerdos que exploran la “herencia africana” recibida, una herencia carnal que marca un antes y un después en su vida: “*Si je n'avais pas eu cette connaissance charnelle de l'Afrique, si*

¹ CONICET - IdIHCS (UNLP) mayagonroux@yahoo.com.ar

je n'avais pas reçu cet héritage de ma vie avant ma naissance, que serais-je devenu ?" (Le Clézio, 2004, p. 103).

En la primera página, el autor explica el propósito del libro: a su regreso de África, para huir de la realidad francesa en la que ya se sentía un extraño, recreó una historia e inventó un pasado, en el que su madre era negra. Pero al reencontrarse con el padre, cuando este vuelve a Francia ya en edad de jubilarse, comprueba que era él, el padre, el africano. El libro emerge de esta necesidad de desenmascarar lo que hasta allí había sido una creencia. En "El cuerpo", el primer capítulo, Le Clézio se centra en los rostros: le fue difícil aceptar el suyo, no lo miraba pero tampoco lo odiaba, simplemente lo ignoraba. El viaje a Nigeria, y la entrada en la cabaña en la que viviría con su familia, marcan el comienzo del olvido —"*C'est là que j'ai appris à oublier*" (Le Clézio, 2004, p. 10)—; tratándose del cuerpo, el olvido deviene la borradora de los rostros, el propio y el de aquellos que estaban a su alrededor. Pero África significa más que el rostro, es el cuerpo: el descubrimiento de la desnudez del otro, el encuentro con el cuerpo avejentado que aquí sí se exhibe —en cambio, en Francia la vejez se ocultaba y, en consecuencia, las mujeres parecían estar exentas de la "enfermedad de la edad" (Le Clézio, 2004, p. 13)—. El cuerpo es también el lugar del contacto con la naturaleza africana, un contacto que describe como la violencia de las sensaciones, la violencia de los apetitos, la violencia de las estaciones (Le Clézio, 2004, p. 13). Durante el viaje en barco ese cuerpo, cobijado por el calor del hogar de la abuela materna en Niza, pero anémico y sin libertad, sufre una erupción violenta a causa del calor extremo: en el contacto, África le borraba el rostro pero, en cambio, le devolvía un cuerpo afiebrado y, al mismo tiempo, le entregaba una memoria. El presente africano borraba todo su pasado; la vida precaria de la guerra, el confinamiento en un pequeño departamento de Niza, el racionamiento de los alimentos, todo esto comenzaba a borrarse y se volvía irreal. Como antes se indicó, en Le Clézio hay una cisura, un antes y un después de África (Le Clézio, 2004, p. 15) marcado principalmente por la libertad del niño que allí, en Ogoja (Nigeria), significa la libertad total del cuerpo, una libertad del movimiento, del pensamiento y de las emociones (Le Clézio, 2004, p. 20). Una libertad que, sin embargo, también se vincula con la violencia. En Ogoja, señala, la violencia no era la de la guerra, que él ya conocía, sino una violencia abierta, real, que hacía vibrar el cuerpo y que era perceptible en cada detalle

de la vida y de la naturaleza (Le Clézio, 2004, p. 17). Por ejemplo, la fuerza eléctrica de las tormentas que dejan en el niño Le Clézio una imagen particular, la de un continente poderoso y lleno de entusiasmo.

En Ogoja el padre era el único médico en un vasto territorio de sesenta kilómetros en el que se ocupaba de todo, desde los nacimientos hasta las autopsias. La vida de Le Clézio y su hermano, los únicos niños blancos en toda la región, no se parecía a la imagen un poco caricaturesca de los niños educados en las colonias. Le Clézio no reconoce nada del mundo colonial que William Boyd, por ejemplo, quien también estuvo en el oeste de África durante su infancia, describe en sus libros². El mundo de la colonia era para él un clan, una suerte de “escuela de la consciencia racial” en la que estaban sumidos los niños de la sociedad blanca. Ese mundo, que reemplazaba “el aprendizaje de la consciencia humana”, le fue completamente ajeno. Ni su hermano ni él iban a la escuela (aprendían inglés y aritmética con su madre durante las mañanas), no pertenecían a ningún club, no hacían deportes, no tenían amigos en el sentido que se le da a la palabra en Francia o en Inglaterra. El recuerdo que Le Clézio conserva de aquel tiempo es el de haber pasado en barco de un mundo a otro (Le Clézio, 2004, p. 20). Y este mundo conforma, en cierto sentido, un *ailleurs* para el niño.

El “*ailleurs*” es aquello que está en otra parte, en un lugar lejano, es la otra realidad, lo extranjero y extraño, lo desconocido, lo otro que puede ser percibido como exótico. Porque el *ailleurs* introduce una pregunta esencial: ¿quién es el otro? La respuesta marca una ruptura: “*l'autre est un je*”, se podría decir a través de una inversión de la célebre afirmación de Rimbaud en su carta a Paul Demeny. Y en este punto, *L'Africain* abre una línea de diálogo que nos permitiría un análisis mucho más vasto, una lectura sobre el exotismo que nos llevaría a Montesquieu y al personaje de Usbek de las *Lettres persanes* (1721), en las que el autor traza una sátira irónica de su sociedad. Sin duda en este diálogo deberíamos también detenernos en Victor Segalen y la “estética de lo di-

² “*Je ne sais rien de ce qu'il [William Boyd] décrit, cette lourdeur coloniale, les ridicules de la société blanche en exil sur la côte, toutes les mesquineries auxquelles les enfants sont particulièrement attentifs, le dédain pour les indigènes [...], et surtout cette sorte de coterie dans laquelle les enfants de même sang sont à la fois réunis et divisés, où ils perçoivent un reflet ironique de leurs défauts et de leurs mascarades, et qui forme en quelque sorte l'école de la conscience raciale qui supplée pour eux à l'apprentissage de la conscience humaine*” (Le Clézio, 2004, p. 19).

verso” del libro *Essai sur l'exotisme* y sus críticas a Pierre Loti. En cuanto a Le Clézio, es necesario decir que recibió críticas por la exaltación del Otro como modelo o ideal (Salles, 2006). E incluso, en Francia suscitó ironías al afirmar cierta “indianidad” presente en él, como escribió en el comienzo de su libro de ensayos *Haiï* (1971): “soy un indio”³. Pierre Marcelle, en su texto “Hiératique Le Clézio”, ironiza sobre la imagen que Le Clézio construye de sí mismo y asevera que no se trata más que de afirmaciones oportunistas⁴. Es verdad que en *L'Africain* el exotismo se vincula con la naturaleza pero desde la percepción de un niño que, ya en la edad adulta, no puede despegar esa naturaleza del sentimiento de libertad. De ahí que su descripción funcione como un motivo para recordar los juegos de infancia (por ejemplo, sus recuerdos sobre las hormigas, las termitas, los escorpiones que descubre en la cabaña o en sus alrededores). Le Clézio es categórico en este punto: “*Je ne veux pas parler d'exotisme : les enfants sont absolument étrangers à ce vice. Non parce qu'ils voient à travers les êtres et les choses, mais justement parce qu'ils ne voient qu'eux*” (Le Clézio, 2004, p. 103). Los objetos como las máscaras, las estatuas de ébano, la madera tallada o algunos muebles son mencionados no como cosas exóticas sino, por el contrario, como objetos de uso corriente en la vida del autor y que tienen un significado propio acorde a los años pasados en África. No son una “piel muerta” que se exhibe y se vende y que suele llamarse “arte”, se lamenta en el texto (Le Clézio, 2004, p. 65). Estos objetos son la parte africana de Le

³ “*Je ne sais pas trop comment cela est possible, mais c'est ainsi : je suis un Indien. Je ne le savais pas avant d'avoir rencontré les Indiens au Mexique, au Panama. Maintenant, je le sais. Je ne suis peut-être pas un très bon Indien. Je ne sais pas cultiver le maïs ni tailler une pirogue. Le peyotl, le mescal, la chicha mastiquée n'ont pas beaucoup d'effet sur moi. Mais pour tout le reste, la façon de marcher, de parler, d'aimer ou d'avoir peur, je peux le dire ainsi : quand j'ai rencontré ces peuples indiens, moi qui ne croyais pas avoir spécialement de famille, c'est comme si, tout à coup, j'avais connu des milliers de pères, de frères et d'épouses*” (Le Clézio, 1971, p. 5).

⁴ “*Car comment est-ce ou seulement serait-ce possible, n'aimer pas Le Clézio? L'homme respire une humilité de bon aloi, une culture agréable et une constante civilité, ponctuellement lisibles dans diverses chroniques pleines de bon sens revendicatif, à propos de baleines et d'Indiens. Toutes qualités qui pointent les limites de l'exercice critique appelé 'éreinement' : voilà un auteur dont l'évidente qualité humaine fait qu'on s'en voudrait presque de ne pas apprécier l'œuvre. Ceci n'ayant rien à voir avec cela, il faut se résoudre, hélas !, à dire les choses telles qu'elles apparaissent dans leur laconique et douloureuse évidence: J.M.G. Le Clézio a réuni dans *Hasard suivi de Angoli Mala* deux 'romans' qui établissent à l'envi qu'il écrit toujours le même livre. Ou refait toujours le même rêve de livre” (Marcelle, 1999, párr. 2).*

Clézio, así como los recuerdos de infancia, anclados como un tesoro vivo en su interior, devienen sobre todo la certeza de su pasado africano (Le Clézio, 2004, p. 103)⁵. Ese *ailleurs* finalmente parece acompañarlo.

La ironía sobre el exotismo también se dirige a la imagen característica de la colonia. Esta es la imagen de la llegada de los viajeros europeos, vestidos de blanco y ayudados por los negros a descender de los barcos. De las poblaciones, organizadas en distintas zonas, una lujosa y reservada para los blancos, algo más lejos el lugar de los domésticos “intermediarios” que se visten un poco como los europeos, y más al exterior, el resto de los africanos que solo conocen las órdenes de los occidentales (Le Clézio, 2004, p. 58). Esta imagen es la que el padre de Le Clézio siempre detestó. Él no representaba, entonces, al típico europeo colonizador, lo que refuerza, además, que en el texto su figura aparezca a contraluz del paisaje africano: los horizontes lejanos y la exuberancia de la naturaleza chocan con la austeridad de la pequeña cabaña paterna; los perfumes de la naturaleza se contraponen con los olores del alcohol y de la medicina; la vida salvaje y casi peligrosa de los dos hermanos fuera de la cabaña se opone a las reglas internas del padre que los niños deben respetar (la higiene personal, el modo de comer, la prohibición de sacarse las medias, los mosquiteros que debían colocarse obligatoriamente todas las noches luego de haber rezado, forman parte de la ceremonia cotidiana). Así, la disciplina de la mañana y de la noche que impone el padre se compensa con la libertad del día, una libertad desconocida hasta entonces. La autoridad del padre podría ser la parte gris de la pintura del *Africain*. Él es, sin duda, el extranjero: no solo en esa tierra africana pero sobre todo con respecto a esa otra vida que no eligió, por ejemplo la de ser un médico de campo en los suburbios londinenses (Le Clézio, 2004, p. 42). Por orgullo, por el deseo de aventura y para huir de la mediocridad de la sociedad inglesa, fue otro el camino elegido que, desde luego, lo sumergió en otro mundo: “*cela [ce choix] vous exilait au moment de la guerre, vous faisait perdre votre femme et vos enfants, vous rendait, d’une certaine façon, inéluctablement étranger*” (Le Clézio, 2004, p. 43). Por cierto, este es el sentimiento que genera también en su hijo y, sobre todo, la imagen que Le Clézio conserva del primer encuentro: los quevedos

⁵ “*Pour moi, ces objets, [...] étaient ma part africaine, ils prolongeaient ma vie et, d’une certaine façon, ils l’expliquaient*” (Le Clézio, 2004, p. 65).

que el padre llevaba resaltaban la dureza de su mirada; su costado británico y la rigidez de su ropa, no hacían más que acentuar la extranjería de este padre desconocido y percibido, incluso, como peligroso (Le Clézio, 2004, p. 45).

Libro sobre rostros, *L'Africain* curiosamente termina con un capítulo titulado "*L'oubli*" que cierra el círculo al evocar la misma pérdida del comienzo, la de los rostros, esos rostros que en su propia historia aparecen como ausentes: se trata del rostro del padre que él, el hijo, no pudo ver, o bien de alguna iluminación furtiva en el rostro de un niño que todo padre observa, de la luz cambiante en el rostro de la mujer amada que un hombre distingue cada día. Todo esto está, definitivamente, ausente de su infancia. En cambio, esta ausencia, a la que se refiere desde las primeras páginas del libro, está compensada por distintos recuerdos en los que predomina una intensa libertad, tan intensa que "*cela me brûlait, m'enivrait, que j'en jouissais jusqu'à la douleur*" (Le Clézio, 2004, p. 103). Tal vez esta libertad encuentre un vínculo con aquella "segunda personalidad" que África dejó en él y que alojó en su interior una dimensión de *extrañeza de sí mismo*, tal como Le Clézio se percibía en su discurso citado al comienzo. De hecho, la experiencia en África unida al sentimiento de extrañeza revelarían al libro *L'Africain* menos como una búsqueda de los orígenes (mauricianos, bretones y picardos) que como una exploración sobre él mismo. En una entrevista, Le Clézio comentaba:

Cuando logré hacer la conjunción entre mi madre —que representaba lo que hay de picardo y francés en la familia— y mi padre, que había regresado [de África] para instalarse en Europa trayendo consigo toda la tradición mauriciana, el shock fue muy real. No tanto al enterarme de que yo tenía tal o cual origen, sino al comprender que, en este contexto meridional francés, yo sería educado como un joven mauriciano [...]. Cuando a uno se lo educa así a lo largo de toda la infancia, [...] la pregunta que te acosa no es la de los orígenes sino la de la extranjería: uno se siente transformado. En este lugar que, sin embargo, es el propio, uno es como un cuerpo extranjero (de Cortanze, 1998, párr. 22, nuestra traducción).

La llegada a este continente abre una nueva dimensión en su interior que también es, como escribe, "la entrada en la antecámara del mundo adulto"⁶

⁶ "*L'arrivée en Afrique a été pour moi l'entrée dans l'antichambre du monde adulte*" (Le Clézio, 2004, p. 47).

(Le Clézio, 2004, p. 47). Y todavía, en términos de escritura, es la entrada en la literatura: el viaje y la escritura están íntimamente vinculados en Le Clézio, no sólo como tópico sino desde la experiencia misma porque fue en el transcurso de la travesía en barco hasta Nigeria que Le Clézio comenzó a escribir⁷. Si África es el germen de su literatura, si el *ailleurs* que describe parece revelarse en su interior, si en el encuentro con el padre termina por descubrirse a sí mismo, podríamos pensar que, finalmente, *L'Africain* desborda el relato familiar de Le Clézio. En realidad también es la historia de su escritura.

Referencias bibliográficas

- de Cortanze, G. (1998). Une littérature de l'envahissement. *Magazine Littéraire* 362.
- Ezine, J.-L. y Le Clézio, J.M.G. (1995). *Ailleurs*. París: Arléa.
- Le Clézio, J.-M. G. (1971). *Haï*, Ginebra: Skira.
- Le Clézio, J.-M. G. (1980). *Désert*. París: Gallimard.
- Le Clézio, J.-M. G. (1985). *Le chercheur d'or*. París: Gallimard.
- Le Clézio, J.-M. G. (1986). *Voyage à Rodriguez*. París: Gallimard.
- Le Clézio, J.-M. G. (1997). *Gens des nuages*. París: Stock.
- Le Clézio, J.-M. G. (2004). *L'Africain*. París: Mercure de France.
- Le Clézio, J.-M. G. (2008). *Dans la forêt des paradoxes*. Recuperado de https://www.nobelprize.org/nobel_prizes/literature/laureates/2008/clezio-lecture_fr.pdf
- Marcelle, P. (1999). Hiératique Le Clézio. *Libération*. Recuperado de http://next.liberation.fr/livres/1999/05/20/face-aux-piles-hieratique-le-cleziojean-marie-gustave-le-clezio-hasard-suivi-de-angoli-malagallimar_273518
- Montesquieu (1949). *Œuvres complètes. Tome I*. París: Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade.
- Salles, M. (2006). *Le Clézio : Notre contemporain*. Rennes: Presses

⁷ En una entrevista, Le Clézio recordaba: "Quand j'avais sept ans, raconte-t-il, j'ai fait un voyage de trois mois, en bateau, pour aller en Afrique. J'allais rejoindre mon père. À bord — je me souviens très bien de ça — ma mère me disait : 'Viens, on voit la côte'; mais je restais dans la cabine et j'écrivais. J'écrivais ce que je ne voyais pas. Je faisais un voyage en Afrique, et j'écrivais un livre qui s'appelait Un long voyage dans lequel je parlais de quelqu'un qui faisait un voyage en Afrique — mais c'était quelqu'un d'autre..." (Ezine, 1995, pp. 26-27). Estas primeras páginas son la primera versión de lo que más tarde publicó como *Onitsha*.

universitaires de Rennes. Recuperado de <http://books.openedition.org/pur/34773>.

Segalen, V. (1978). *Essai sur l'exotisme*. París: Fata Morgana.